

FR. GERUNDIO.

UN GUANTE ESTÉRIL.

¡Pobres inválidos!
Si estais misérrimos,
si estais escualidos,
si estais paupérrimos,
poco con máscaras
engordaréis.

Los filantrópicos
son muy flemáticos,
y los patrióticos
son tan apáticos,
que con sus dádivas
bien medraréis.

Dicen que en la mesa y en el juego es donde se conocen los hombres. Yo digo que mas se conocen en los guantes. Y no precisamente en que uno los traiga verdes, otro blancos, otro azules y otro amarillos, ó bien á la diablo, es decir, ne-

gros bordados de encarnado que son los que últimamente están en boga, y que son también los que representan con verdad estos tiempos diabólicos en que vivimos; pues nada más natural que traer las manos forradas á la diablo en una época en que tanto se pece (1) con las manos, que no parece sino que el diablo ha querido fijar en ellas su asiento, y que hay hombres que en lugar de los diez dedos tienen en ellas diez diablillos; y aun sospecho que el introductor de la moda de los guantes á la diablo debió ser algun ministro de hacienda ó cosa así. Ello es que la moda se ha adoptado durante el ministerio Sanmillan.

Pero digo que no es en esta clase de guantes en la que se conocen los hombres, sino en los guantes que se echan para objetos filantrópicos ó de beneficencia y caridad. En esto es en lo que se conoce la filantropía de cada uno; y pocos objetos habrá que lo sean tanto como el de socorrer á los infelices que se han quedado sin brazos ó sin piernas por defender en los campos de batalla nuestras Reinas y nuestras instituciones, tales como los que se hallan en el establecimiento de inválidos de esta corte, único en España, creado y dirigido por el venerable Pulafox. Este buen hermano, viendo que el gobierno, sin duda por haber echado su guante diabólico á lo que echarle no debiera, tenía en escandaloso abandono á mi-

(1) Síse quiere poner una *z* entre la *e* y la *s*, no por eso se alterará el sentido.

arabiles setenta *hermanos legos* (1) que por junto hay en el ex-convento de Atocha hasta el día, discurrió echar un guante para socorrerlos (en lo cual discurrió bien), y discurrió que el guante fuese un baile de máscaras por suscripción en el segundo día de pascua (en lo cual no discurrió bien), dirigiendo abundancia de billetes de convite á todas las corporaciones y personas mas acomodadas de la corte (en lo cual no discurrió muy mal) invitándoles á asistir al susodicho baile, ó á contribuir, aunque no asistiesen, para el objeto de él (en lo cual tampoco discurrió muy mal), y anunciándolo por carteles con bastante anticipacion aun dentro de la semana santa (en lo cual, no el hermano duque, sino los encargados de la empresa discurrieron mal y muy mal).

Verificóse pues el baile de los inválidos: esto no es decir que los inválidos bailáran, que los pobres por haber bailado ántes bailes demasiado serios han quedado para no bailar, y por lo mismo era muy justo que los que tienen las piernas sanas y las bolsas provistas bailaran un poco por ellos ó al menos presenciaran el baile. Por esta razon mi Paternidad creyó hallar el local muy concurrido; pero aunque no era Carnaval, me llevé un chasco

(1) Así se llamaba en Francia á aquellos soldados, que habiendo obtenido la credencial de *invalidos* debían ser admitidos en los monasterios y mantenidos en ellos durante su vida. En el cuartel de inválidos de aquella nacion se mantienen quince mil á espensas del Estado. Aquí tenemos setenta y andamos pidiendo limosna para ellos y no nos la dan.

de Carnaval. El salon principal estaba como no estan nunca en España las reales órdenes, reglamentos y circulares; esto es, bastante claro; y en nada se parecia la reunion á los discursos de Calatrava, porque estos son siempre acalorados, y aquella estaba fria. Por los huecos se asemejaba á un modelo de acta electoral, y por las vacantes á la provincia de Ciudad Real, que está sin gefe político, sin secretario, sin oficial primero, sin intendente, sin comandante general y sin juez de primera instancia.

Alli no habia grandeza; el único grande que vi fue el Salon. Todas eran personas particulares; pero niente, que habia muchos generales; en esta parte en honor de la verdad bien puede decirse que aunque de repente se nos murieran los que tenemos al frente de los ejércitos no habia que salir del salon de Oriente para reemplazar á todos ellos. «Fr. Gerundio, me dijo una máscara, ¿sabes que estamos huérfanos?—Hija, de mí puedo decirte, la contesté, que hace ya tiempo que estoy sin padre ni madre; ¿y tú eres huérfanita tambien? ¿Has perdido acaso tus padres en la guerra?—No, mis padres están aqui; pero digo que estamos huérfanos de padres de la patria: ¿bas visto tu alguno?—Si, algun otro he visto, pero pienso que no llegarán á cuatro.—Así era la verdad, pero no lo extrañé, porque sabia que el Duque habia presentado al Congreso un proyecto de suscripcion y solo habia tenido seis votos; que de poco sirvió al presidente dar el ejemplo suscribiéndose el primero.

En esta parte se portó mas patriótica y filantrópicamente el cuerpo conservador suscribiéndose por ciento y tantos billetes en beneficio de los desgraciados que tienen mutilados sus cuerpos.

Padres políticos,
no seas tan éticos
y tan estíticos;
sed mas diuréticos.
¿Siquiera un óbolo
no podeis dar?

Tanta generosidad de parte de los padres de la patria no deja de ser un buen estímulo para alentar á los pobres soldados que andan por allá rompiéndose el alma por defenderla. En vano era buscar por allí ninguna de las notabilidades de la actual mayoría de las córtes: ¿ni cómo habian de concurrir siendo el duque de Zaragoza del partido del progreso? ¿Contribuir al socorro de los inválidos siendo su jefe-director un progresista! *Zapa allá infaliblemente.* Verdad es que una funcion de máscaras en este tiempo era extemporánea, pero mas extemporáneo es el que los pobres inválidos se mueran de hambre.

Mas políticos y mas atentos estuvieron los del convenio de Vergara, que habia una porcion de ellos, incluso el hermano Maroto con su familia. Tambien habia varios oficiales del provincial de Lugo que iba de paso para el campo de las glorias de Narvaez, la inmortal Cañete. Dos ó tres veces intenté aprovechar un hueco para hablar

con una de aquellos oficiales, pero siempre se nos interponia alguno del Convenio; que no parecia sino que hasta en el baile querian hacer valer la circular que ha pasado el inspector general de infanteria al de milicias diciéndole que no puede acceder al pase al ejército solicitado por sus oficiales, pues *las vacantes que ocurran se reservan esclusivamente para los no colocados aún del Convenio*. De modo que los cuerpos provinciales que desde el principio de la campaña han estado operando, trabajando y sufriendo lo mismo que los de línea, sobre verse injustamente privados de las consideraciones y premios que estos tienen, puesto que en nada unos de otros se han distinguido, acababan de sufrir el desaire de ser postergados á los del Convenio de Vergara, y de ver pagados así sus sacrificios de siete años. Y vamos bailando.

Deciame el hermano Duque lleno de alieccion: «¡ay P. Fr. Gerundio! ¿dónde está el patriotismo?» Estuve por contestar al héroe de Zaragoza: «hermano, yo puedo dar á vd. razon de dos patriotismos; uno hay en la fachada del Congreso, y otro ha sido colocado ahora recientemente en el monumento del Dos de Mayo. Ambos son grandes, gigantescos, y ambos tienen alas; si no han volado ya, es porque son de piedra ó yeso, pero la intencion está conocida. De modo que de Madrid puede decirse poco mas ó menos que del sustre que cortó las brugas de S. Ginés:

O no tiene patriotismo,

—No es una serie de pesonopiedras; suplico a usted
 que me entente con decirle: «hermano Dú-
 que solo España de 1840 no es la España de 1810;
 no, no, años ha bajado el termómetro del patrio-
 tismo 30 grados». Quiérela que le diga lo que
 es la España de 1840? Pues la España de 1840 es
 un gran cuartel de inválidos. — Calló el hermano
 Duque, y se encogió de hombros, y yo me vine á
 casa á dormir, y como un patriota que me
 habia con un cuartel de inválidos me acordé, y me
 acordé, y cuando me acordé me acordé, y me acordé
 me acordé.

A TRES Y CUARTILLO.

Allá voy, señor. — Eso es, allá voy, allí voy,
 y también quieto; y será monester que te llame
 antañoz? — No, al instante, señor, que estoy abo-
 rando. *fecha: 21.* — Veinticuatro, Pelegrín, veinti-
 cuatro somos. — Veinticuatro es en llegando á las
 cortes, señor. — ¡Ola! tres días nada menos piensas
 tardar en llegar á las cortes? — No señor, que llegó
 ahora mismo: cortes, *veinticuatro.* — Bien, hombre,
 no es mal modo ese de hacer la cuenta. — Cuenta,
veintiseis. — ¿Y á quién haces esa cuenta? — A las
 mismas, *veintinueve.* — ¿Sabes, Tirabeque, que tu
 amo no sufre bujetas? — Señor, no se enfade, que
 ahora mismo acabo..... ya llegué á Madrid.....
treinta y cinco salieron..... de Calderon Collantes
 no hago caso, ni me hace falta para mi cuenta.
 — Aquí estoy, señor, ¿qué me quería vd? — ¿Pero
 qué diablos de algarabía es la que traes contigo

mismo, que pienso que ni tú á tí mismo te entiendes?—Señor, yo bien me entiendo: y vd. verá cómo sale la cuenta.—¿Qué sabes tú de cuentas, pobre diablo?—¿Que no sé? Cuenta vd. conmigo.—Se, una.....—Ya digo que no sabes ninguna.—Escúchle vd., señor, no sea vd. tan súbito.—*Autoriza, dos.....*—*Para, para, Pelegrín, que no tengo humor de chazonetas.*—*Para, cinco.....* Señor, no me pegue; haga el favor de escucharme; y por Cristo señor nuestro le juro que me ha de dar la razón.—Pues ó te explicas volando, ó te sacudo un nispero que no te ha de saber á crema.—Señor, con mucho gusto..... es decir, que con mucho gusto me explicaré.

Virá vd., señor; estaba contando las palabras que hay en estos cuatro renglucitos para una cosa que luego le diré á vd.; y por ahora ayúdeme vd. en la cuenta por si acaso me equivoco.—*Se, una; autoriza, dos; al, tres; gobierno, cuatro; para, cinco; plantear, seis; el, siete; proyecto, ocho; de, nueve; ley, diez; sobre, once; organización, doce; y, trece; atribuciones, catorce; de, quince; los, diez y seis; ayuntamientos, diez y siete; presentado, diez y ocho; con, diez y nueve; esto, veinte; fecha, veintiuno (¿vé vd. cómo era fecha 21?); ó, veintidos; las, veintitres; cortes, veinticuatro (¿vé vd. cómo era cortes 24?); dando, veinticinco; cuenta, veintiseis; á, veintisiete; las, veintiocho; mismas, veintinueve (¿vé vd. cómo salía á las mismas 29?); de, treinta; los,*

-treinta y uno: resultados, treinta y dos: de, treinta y tres: su, treinta y cuatro: ejecución, treinta y cinco.—Aquí sigue. *Madrid 21 de marzo de 1840.*—*Saturnino Calderon Collantes.*

—¿Me he equivocado, señor?—Me parece que no: pero qué diablos quieres decir con semejante cuenta de palabras?—Mire vd. mi amo. Estas 35 palabras, contando por palabras hasta las *añ* sueltas (y sino se quedarán en 35), son todas las que tiene el artículo único del proyecto que presentó el gobierno á las cortes pidiendo que le autorizáran para plantear el otro proyecto de ley de ayuntamientos. Se presentó el día 21 de marzo y estamos á 24 de abril, con que han pasado justos 35 días en discutirle, que sale exactamente á día por palabra hasta ahora, y aun algunos días no ha tocado mas que á letra; y temo que aun faltarán letras y sobrarán días, pues todavía está la pelota en el tejado, y la discusion sigue su curso sin novedad en su importante salud.—Por Dios santo, Peregrino, que ha sido ocurrencia original la tuya, y que solo tu imaginacion estrafalaria y lega podia haber discurrido hacer semejante liquidacion.—Señor, aqui no hay nada de líquido; la cuenta es sólida y muy sólida, y sepa vd. que en ella no cabe falencia: y que venga, que venga el hermano Sancho con sus cálculos y sus números y todas sus matemáticas á ver si saca una cuenta mas ajustada que la mia.

Ahora le voy á preguntar á vd. otra cosa, mi amo. ¿A cuántos artículos por día le parece á vd.

que saldría si se hubiera discutido todo el proyecto?—Supongo que querrás decir en el caso que á la hora de esta estuviera ya concluida la discusión.—Si señor.—¿Saldría á ocho artículos?—Baje vd. artículos.—¿A siete?—Baje vd. artículos.—¿A seis?—Baje vd. artículos.—¿A cuatro?—Baje vd. un poco.—¿A tres?—Suba vd. una miéja.—¿Qué miéja cabe entre tres y cuatro?—Cabe un cuartillo, señor. Porque los artículos del proyecto son 113, que repartidos en 35 días, salen á tres artículos por día y un poquitin más, un poquitin muy pequeño, á tres y cuartillo, que, parecido á mí, señor, que no quedarían muy rendidos los padres de la patria en discutir á tres artículos cada día, buenos con malos. Pero lejos de eso, señor, por desconsuelo el mas desconsuelado de todos los desconsuelos! ¡Oh amargura la mas amarga de todas las amarguras! ¡Oh azibare! ¡Oh ajengio! ¡Oh rala! ¡Oh ruimbarbo! Lejos de eso, señor, han gastado 35 días para 35 palabras, sin las que gastarán! ¡Y un mes emplearon para una contestacion, y mas de otra mas llevan empleado para un artículo! ¡Oh pueblos! ¿Enviásteis para esto vuestros diputados? ¡Oh diputados! ¿Os enviaron para esto los pueblos? Para esto ¿no estábais mejor en vuestras casitas?

No te atalozes, Pelegrin, que ya ellos conociendo sin duda la razon de tus exclamaciones van pidiendo sus licencias: veinte hay ya concedidas, que son todas las que el reglamento permite conceder, y ademas hay otras muchas solicitadas pa-

ta, cuando concederse puedan.—Si, señor, sí; razones ya de que vayan á descansar de tantas fatigas.—¿Pero qué quieres que suceda, Tirabeque, con tantas enmiendas como se presentan cada día?—El caso es, señor, que voy á presentar yo una tan buena.—Pues eso faltaba, hombre.—Señor, la mía es muy sencilla.—Pido al Congreso.....—Vamos, ¿qué pides?—Señor, la enmienda.—¿Pero qué enmienda?—La enmienda, señor.—Con que dices: «Pido al Congreso...» y te quedas así.—No le dije á vd. que la enmienda mía era muy sencilla?

Y por mas que hice, no pude lograr de Tirabeque mas explicaciones; de modo que me quedé, yo Fr. Gerundio, sin saber que enmienda era la que él pedía al Congreso.

DONDE MENOS SE PIENSA SALTA LA LIEBRE.

Y en ninguna parte debe ser esto tan común como en la patria de Fr. Gerundio, porque también en ella abundan mas estos animalitos que en otra alguna; como que la liebre y el conejo son el símbolo de la España, y de la Sicilia que también es país bastante leporino.

Entre las infinitas pruebas que pudiera alegar, yo Fr. Gerundio el de las Ruedecitas aquellas, de lo frecuente que es en España saltar la liebre donde menos se pudiera pensar, citaré por hoy sola-

mente dos casos. Uno es el de un valiente nacido de Zaragoza que llaman de apodo *Chorizo*, el cual habiendo caído en una ocasión prisionero de los facciosos, y estando para ser fusilado por ellos en el campo, de rodillas ya, y apuntándole las bocas de los fusiles, saltó una liebre cerca del lugar del sacrificio, y al verla *Chorizo* se levanta de repente exclamando: «¡caramba, qué liebre (1)!» Los facciosos por un impulso también natural dispararon al inocente cuadrúpedo los fusiles que para *Chorizo* tenían cargados, pero ninguno la acertó. A pocos instantes se oyeron tiros á alguna distancia, y dícelos *Chorizo* á los facciosos con mucha calma: «los compañeros deben haber visto la liebre, porque se oye fuego hácia aquel lado.» En esto asomaron algunas tropas de nuestras columnas: los facciosos huyeron, y *Chorizo* se salvó, gracias al salto de la liebre y á la serenidad suya: que pienso es hasta dónde puede llegar la serenidad de un aragonés.

El segundo caso es de otra liebre que saltó antes de nacer en el salón del Congreso; y cuidando que no fue gazapillo, ni de estas liebrezitas que hay terciadas ó de dos cuerpos, que llaman los cazadores medias liebres, sino un lebrón grande y muy hecho; en fin con decir que fue Mendizabal está dicho todo. Saltó pues y dijo: «Pido que el gobierno prescrite listas ó inventarios circunstancia-

(1) El no dijo *caramba*, porque ya se sabe que los aragoneses no usan esta interjección; yo supongo que decía: «ay Virgen Santísima del Pilar.»

«dos de todas las alhajas y joyas de plata, oro y
 «piedras preciosas; de todas las pinturas ó piezas
 «célebres de escultura; de todos los libros, ó otros
 «objetos raros existentes en bibliotecas, y del nú-
 «mero de campanas que existieron en los monas-
 «terios y conventos de ambos sexos suprimidos
 «desde 1834. Y pido que se remitan igualmente
 «estados de los productos que hayan rendido en
 «venta ó de cualquiera modo todos los objetos in-
 «dicados; y que se remitan tambien notas ó listas
 «de los objetos de esta clase que haya existentes
 «todavía. Y pido por fin que á medida que se va-
 «yan recibiendo estas noticias se lean en el Con-
 «greso, y se inserten íntegras en el Diario de sus
 «sesiones para inteligencia de la nacion y las me-
 «didas que el Congreso estime.»

Ahora digan vds., hermanos míos, si la liebre
 no saltó donde menos se podía pensar, y díganme
 vds. si á vista de esto habrá en España cazador
 que atine dónde han de saltar las liebres. Échale
 un galgo al hermano Mendizabal. Así me gusta,
 hermano Juanito; apíngeles de firme; sé tu el dia-
 blo que tire de la manta, á ver si quiere Dios que
 sepamos un día qué se ha hecho de las alhajas de
 nuestros conventos, qué de nuestras campanas, qué
 de nuestros libros y de nuestras pinturas.

Apriétales, apriétales,
 reñid, reñid, compadres,
 apíngeles, apíngeles,
 á ver si se descubren las verdades.

¿Quién diría, hermano Juanelo, que tu de quien decían en aquellos tiempos que te almorzabas cálices, que te comías cruces, que te cenabas cadenas y coronas de oro, y que te sorbías campanas y esquilonas, y casi casi que te engullías los conventos crudos como quien se engulle una cucharada de cuajadillas frescas; que tu, de quien este mismo Fr. Gerundio que te está apostrofando ahora, creyó que por todas las partes y coyunturas de tu cuerpo vertías diamantes y perlas sagradas, y que tu cuerpo era un navío cartaginés y cada bolsillo de tu casaca un pozo de Anibal; ¿quién diría, hermano y medio de mis entrañas, que tú mismo, que tú propio, que tu idéntica humanidad había de ser quien pidiere cuentas de lo mismo que en tus manos se creyó haberse descabullido? Y ya que donde menos se pensaba ha saltado la liebre;

Apíngeles, apíngeles,

reñid, reñid, compadres,

apúrales, apúrales,

á ver si se descubren las verdades.

Tu mismo, Juan hermano, has dicho en el preámbulo de tu petición, «que los hombres que «estiman en algo la moralidad de su fama (la frase no es muy propia, pero todo lo salva la intención, y bien se entiende lo que quiere decir), si «no han abjurado de todo sentimiento de pudor «y de vergüenza, deben esforzarse por llamar sobre su conducta toda, la luz, toda la claridad «que sea conveniente para que la nación juzgue

con exactitud y acierto de todos sus actos y operaciones. Tambien yó abundo, hermano Juanillo, en esas mismas ideas, y por lo tanto no puedo menos de secundar con mis escasas gerundianas fuerzas tu justa demanda. Apurémos pues de mancomun al gobierno para que cuanto antes dé cuenta del paradero é inversion de nuestras alhajas; y aunque Tirabague queda cobándolas la oracion de San Anton contándolas como cosa perdida, si las noticias que tu has pedido y la nacion desea se dieren, y resultase, como hay motivo á creer, que las Mendizabalescas manos están limpias y puras, te valdré á cantar como en otra ocasion

Alaben las campanas,
alaben al hombron,
alibente diciendo
dolón dolón dolón (1).

(1) Por lo que hace á pinturas y libros de los conventos, los gefes políticos han sido tan celosos en el cumplimiento de las reales órdenes para que de ellos se hiciesen bibliotecas publicas y museos, que los rans de ellos estan todavia sirviendo de pasto literario á los raciones, que piensan que habra raton de convento suprimido que desde la esclaustracion acá podría muy bien recibir la honra de doctor en cánones y en teología segun lo que en las obras de estas facultades se habrá ensangado, ó estan al cuidado de algun lego, como sucede aun en el monasterio de Bernera en Aragon, donde hay preciosos cuadros originales de Murillo y Zurbarán sirviendo de abrigo á los murciélagos. Los gefes políticos no pueden ocuparse de estas bagatelas; tienen bastante con los trabajos electorales, y con averiguar si hay en el distrito de su mando quien cante el himno de Riego, para formarle causa por anarquista y echarle á presidio.

Por bajo de la puerta
me diste lumbre,
y tu padre de rabia
mató la perra.

Señor, vd. se vino antes que se concluyera la sesión.—Sí, porque era tarde: ¿hubo algo mas de particular?—Señor, hubo.....

que tu padre de rabia
mató la perra.

—Es que estás para bromas hoy, Tirabeque.—Señor, eso precisamente no fué, pero una cosa parecida sí.

El Sr. Rivaherrera
se llegó á Isturiz,
pero Isturiz de rabia
tiró la silla.

—Con cinco mil y mas, Pelegrin, has de hablar con formalidad, y referir las cosas como son ó han sido.—Señor, no hay mas formalidad sino que así fué. El hermano Ayllon iba á apoyar una enmienda de la media docena que á él le han tocado, en esto que se llegó el hermano Rivaherrera á hablar al hermano presidente, y mire vd. qué tal sería lo que le dijo que el hermano Isturiz se levantó hecho un basilisco, tiró la silla, y tomando el sombrero, se salió del salon; muchos diputádos iban tambien á salir, pero el hermano Rivaherrera sin sentarse levantó la sesión.—Pues hombre, Rivaherrera es de los que mas proclaman conciliacion, y paz.—Será, mi amo; pero con su conciliacion en la boca.....

son los que hacen de rabia
tirar las sillas.

Editor responsable Francisco de S. Fuentes.

IMPRESA DE MELLADO,